

# El hoyo de las agujas\*

---

*Gabriel Velasco*

A parte de darle clases privadas al niño Luis, yo lo acompañaba a todas partes. Recuerdo que con frecuencia su padre le repetía un discurso en tono solemne, teatral, recitado, seguramente reunía frases de varias procedencias y épocas familiares.

Eres hijo, sobrino y nieto de matadores; te anteceden cuatro generaciones de ganaderos de reses de lidia; en tus fantasías —por fuerza— embisten estados navarros, también andaluces, de La Pinta y de Piedras Negras; forman tu cuerpo rejones, monteras, trajes de luces; vienes de mí, naciste torero.

Desde pequeño el niño Luis cantaba los corridos a Ponciano:

Qué bonito capotea  
y pone banderillas  
le hace memela al toro  
y lo mata de rodillas

Su vocecita, entonces, semejaba el agua del riego al correr por los canales. Creció sabiendo que Chicharrón le produjo la muerte a Bernardo Gaviño, Islero a Manolete y Cobijero a Balderas. Hablaba de las faenas a Tanguito, a Guajiro y a Amapolo, sin haber presenciado una corrida. Vino al mundo con el conocimiento de las orticinas, gaoneras, afarolados, naturales y cambios de mano. Su rostro se prendía cuando el papá platicaba acerca del temple, la acometida noble, el toreo en redondo; entristecía si el asunto era la muerte.

En cierta ocasión preguntó.

—¿Por qué no se indultan a todos los animales lidiados?

—¿Indulto? No, por Dios, el burel bravo debe morir en la arena: se ganó esa gloria.

Y no percibió que los ojos de su hijo se abrieron en una mirada en la que parecía caer la tarde.

Más grandecito, el niño Luis y yo solíamos cabalgar por la dehesas.

---

\* Cuento premiado en el Concurso Nacional de Cuentos Campiranos «Marte R. Gómez» de la Universidad Autónoma de Chapingo.

—Los toros, profesor, son símbolos de extinción. Dígame, ¿por qué tienen que morir los dioses: Dios-toro, Dios-torero?

En las tientas de becerras casi gritaba.

—Mire, mire, el capote vuela, es mariposa.

Le gustaba mostrarme periódicos, revistas y libros sobre tauromaquia.

—Lea lo que escribió Tío Carlos de Pepe Ortiz.

*Una serie de tapatías (suyas) es como derroches de volutas que hacen cantar la piedra en la fachada del Sagrario.*

— No me cabe duda, profesor, el toro persigue al trapo como nosotros perseguimos las ilusiones, ¿es justo considerarlo bestia? El hombre sí que lo es, escuche.

Ruiseñor no era del Alba  
Dulce hijo el que se oyó  
viste alas, mas no viste  
bulto humano el ruiseñor.

Cómo admiró, allá, en la casa grande, los cuadros de Ruano López y las esculturas de Humberto Peraza. Las veía por largos minutos sin decir palabra; a veces, les pasaba el dedo por encima sin llegar a tocarlas, en una especie de culto místico.

Llegó el día en que fuimos a la plaza y, al terminar una lidia, el público gritaba. Torero, torero. El niño Luis murmuró en mi oído. ¿Es que no ven las lágrimas del toro?

Unas semanas después de cumplir los catorce años, el patrón lo hizo correr la mano con las vaquillas.

—¿Padre, soy torero?

—No, lo serás hasta que mates a tu primer bicho.

—¿Por qué?, son mis amigos.

—Nunca, ni siquiera aquí en la ganadería.

—¿Por qué?

—¡Oh!, ya comprenderás.

El estoque del adolescente atravesaba todos los días el tronco de plátano en la carretilla con cuernos y fingía contento. Una mañana, en nuestro refugio del salón de clases, me contó que por las noches sorbía el llanto para que no se oyera. Aquí puedo mencionarlo pues oigo las palabras del tiempo.

Cuando lo llevaron a seleccionar su torete, permaneció serio, pálido, frío. De pronto, sus labios ardieron en una sonrisa y su vista buscó la mía.

—Es él, profesor, es él.

Con el dedo índice apuntaba a un bruto hermoso, fuerte, acaso demasiado grande.

—¿Lo ve usted?: su pelo es negro como debe ser, existen sombras sólo donde hay luz.

Vistió el traje corto para el gran día en el redondel particular; lo vi alegre. Después del toreo de capa (formado por una serie de esculturas de belleza lírica), me guiñó un ojo. Un juego entre camaradas, profesor, el toro y yo nos entendemos. Demasiado rápido fue a romper la reunión con el picador y, en el quite, el animal y el niño volvieron a complementarse. Rechazó las banderillas.

—Esa suerte es para peones.

Tuvieron que avisarle el final de segundo tercio; miraba a otra parte. Con la muleta, el astado y él dibujaron un arte salvaje que se prolongó.

—Lo estás ahogando, hijo, acorta.

Al juntar las patas el novillo, el niño Luis recogió el trasto, su espada apuntaba al hoyo de las agujas. De pronto, muleta y estoque fueron al suelo, el muchacho cerró los ojos y dio la espalda. Toro y toreador formaron unidad: alfiler y alfiletero. Se separaban únicamente al volar un cuerpo de brazos y piernas sueltos; los miembros eran aspas que giraban en el aire; el fardo caía al suelo para ser elevado enseguida. Las sangres se juntaron, la que salía de las heridas del toro y la del joven que resbalaba por los pitones. El animal no veía los capotes que trataban de alejarlo de su misión. La muerte le avisó al asesino el momento de suspenderla: dijo que el niño Luis ya le pertenecía.

Se lo llevaron a la enfermería y esperé afuera. Alguien me dijo.

—Lo llama.

Aparecía recostado en la plancha, desnudo. No observé las heridas porque me atraparon sus pupilas, salían de ellas chispazos que venían de adentro y cuyo combustible era la verdad. Desapareció el barullo, gritos y desorden que producían el médico y sus demasiados ayudantes. El niño Luis y yo supimos que en ese instante nadie más que nosotros ocupaba la enfermería; rodeados por un silencio diferente a todos los silencios.

—Ahora sé por qué mueren los dioses, profesor. Papá tiene razón, aquí somos enemigos... allá...

Sonrió. Sus párpados no cerraron las ventanas de unos ojos que, poco a poco, se opacaban. Y, finalmente, quedaron congelados.

Por encima de mi tristeza flotaba la vieja certidumbre: el chico no valía para matador, era poeta.